

DISTURBIOS EN FRANCIA

Inauguramos un dossier dedicado a los recientes disturbios que ha habido en Francia durante las últimas semanas. Este dossier se irá actualizando periódicamente con nuevos artículos y documentos.

El Observatorio europeo del racismo y la xenofobia pide responder a los disturbios de Francia con el diálogo

Un informe de este organismo aplaude la actitud positiva de los Gobiernos y de las organizaciones musulmanas de la UE tras los atentados de Londres

El Observatorio europeo del racismo y la xenofobia recomendó ayer responder a los disturbios de Francia con diálogo entre comunidades, educación y con una actitud firme, como la que se mantuvo tras los atentados del 7 de julio en Londres, para impedir reacciones hostiles contra los musulmanes. La directora del observatorio, Beate Winkler, presentó en la sede del Parlamento Europeo un informe sobre "El impacto de los atentados del 7 de julio en Londres sobre las comunidades musulmanas en la UE", que recoge informaciones obtenidas entre aquel día y el pasado 20 de octubre.

Según el informe, en general, en toda la UE, la "actitud firme" de los Gobiernos, comunidades y organizaciones musulmanas tras los atentados de Londres del 7 de julio impidieron reacciones hostiles contra los musulmanes.

Winkler destacó que, en general, la mayoría tanto de Gobiernos como de organizaciones, tuvieron una actitud positiva ya que desligaron "rápidamente los atentados de Londres de las comunidades islámicas".

Aunque destacó en especial el comportamiento de las autoridades y la sociedad británica, consideró que en todos los países de la UE hubo una actitud positiva que impidió la extensión de los incidentes contra los musulmanes que comenzaron a producirse tras el 7 de julio.

"El hecho de que los Ministros, la policía y los dirigentes de las comunidades del Reino Unido condenaran firmemente los atentados e insistieran fuertemente en el hecho de que todo acto contra la comunidad musulmana será tratado con firmeza, tuvo el efecto deseado", destaca el informe.

La reacción británica fue seguida por la mayoría de los Estados miembros de la Unión, que además han desarrollado una serie de nuevas iniciativas políticas y un "amplio debate público sobre la forma de reforzar la cohesión de la comunidad y acelerar la integración de las comunidades minoritarias".

Winkler hizo hincapié en la necesidad de trabajar para lograr una "sociedad inclusiva, con la participación y el compromiso de todos los sectores de la sociedad, porque todos somos responsables" e insistió en la importancia de encontrar soluciones diferenciadas para cada país, ya que hay "distintos problemas en cada Estado miembro" y hay "que ser muy cuidadoso al traspasar un modelo social de un país a otro".

Sin embargo, consideró que hay elementos que deben ser comunes en todos los casos, como el hecho de que los líderes de los países en los que se producen disturbios graves lancen, de forma "inmediata", un "mensaje claro" contra la violencia y en defensa de las comunidades musulmanas.

Winkler lamentó que en Francia no se haya producido este mensaje, que es importante para evitar que la responsabilidad de "esas atrocidades" recaiga en las comunidades musulmanas, y afirmó que se puede reducir la islamofobia y la xenofobia "si los líderes dicen claramente que son comportamientos inaceptables".

En la presentación del informe participaron dos eurodiputados británicos, Syed Kamall y Claude Moraes, quienes defendieron el modelo social de integración de su país e hicieron hincapié en que la clave está en la educación y en el diálogo entre comunidades.

"El Reino Unido y Londres, en particular, son sociedades muy tolerantes comparadas con las de otros países europeos", dijo Kamall, que reiteró la importancia de enseñar a los jóvenes a "vivir su religión en una sociedad moderna".

El EUMC realiza este tipo de informes cuando se producen incidentes importantes relacionados con el racismo y la xenofobia y la ausencia de este tipo de problemas tras los atentados del 11 de marzo del 2004 en Madrid, razón por la que no se realizó un análisis en aquel momento, precisó Winkler.

Respecto a los disturbios en Francia, la responsable del Observatorio señaló que están vigilando lo que ocurre pero que aún no se ha decidido si se hará un informe.

La creación del EUMC fue aprobada por el Consejo de la UE en junio de 1997 y entró en funcionamiento al año siguiente. El Observatorio será además la base de la futura Agencia de derechos fundamentales de la UE, que debería ponerse en marcha en enero del 2007.

Francia: esos jóvenes que se rebelan no son inmigrantes

Son franceses de segunda clase por ser hijos de inmigrantes, por no ser completamente blancos de piel y por no sacar buenas notas. Apenas un 5 % de estos hijos de inmigrantes consigue entrar en la universidad" se subraya en este artículo que plantea el fracaso escolar como uno de los elementos de la revuelta que se está viviendo en Francia estos días.

En 1983, jóvenes descendientes de inmigrantes, conocidos como beurs (sílabas invertidas de la palabra rebeu, que significa árabe), emprendieron una marcha por toda Francia con el fin de atraer la atención de los poderes públicos, los medios de comunicación y la población sobre sus condiciones de vida. El gobierno socialista entendió esta marcha, que gozó del apoyo de SOS Racismo y de algunas asociaciones solidarias con los inmigrantes, como una voluntad de integración social. Algunos participantes fueron recibidos por los ministros, se hicieron promesas y los jóvenes regresaron a los barrios periféricos. Quienes tuvieron la idea de aquella marcha, sus hermanos mayores, acabaron perdiendo el prestigio ante adolescentes impacientes por vivir, es decir, por trabajar y encontrar su lugar en la sociedad. Después de vivir una decepción tras otra, los beurs se fueron encerrando en sí mismos y algunos sucumbieron a la tentación de la vida fácil y marginal, es decir, a la delincuencia y la revuelta.

Ya sea en Vénissieux, Estrasburgo o París, la expresión de esta juventud entre la que predomina el fracaso escolar toma el camino de la violencia: coches incendiados, tráfico de drogas, enfrentamientos con la policía, incompreensión mutua.

Jóvenes sociólogos hijos de franceses e hijos de inmigrantes crearon una asociación llamada Banlieuescopie con el objeto de estudiar, analizar y presentar propuestas concretas a los poderes públicos para paliar el mal que

afectaba a esta juventud de la que el Estado se desentendía. Para éste se trataba de un problema de seguridad, de alteración del orden público, y la única respuesta que siempre ofrecía era la represión.

Banlieuescopie entregaba informes serios y científicos a diversos ministerios, que luego quedaban olvidados en los estantes de la Administración. No se tenía en cuenta qué representaba esta forma de sociología sobre el terreno, no se quería afrontar el problema; entre tanto, el Frente Nacional progresaba y aprovechaba la dramática situación de los barrios periféricos, de la banlieue, para movilizar a sus militantes. Simultáneamente, se desarrollaba un nuevo fenómeno, el islamismo. Los imanes volvían a infundir esperanzas y, sobre todo, una nueva identidad a una juventud exenta de referentes concretos, dispuesta a embarcarse en cualquier aventura. Esa juventud habría podido integrarse en el tejido social y desarrollarse en un marco de paz. Pero Francia no envió ninguna señal de aliento. Algunos eligieron romper con Francia y su modelo social, lo cual implicaba adscribirse a la esfera de influencia islámica, que ofrecía una motivación para existir.

La asociación Banlieuescopie se suspendió voluntariamente. Nadie tomaba en serio su labor. Las iniciativas personales de algunos hermanos mayores salvaron a algunos jóvenes, pero eran casos concretos, y el racismo encontró un terreno ideal para desarrollarse. Con un entorno patógeno, mal concebido, mal cuidado, donde a menudo los padres eran iletrados, con una cultura vacilante, los jóvenes, ya fueran de origen magrebí o del África subsaharia, estaban casi condenados a vivir con una susceptibilidad a flor de piel. Francia no sólo no ha aplicado nunca una verdadera política de inmigración, sino que nunca ha integrado en su mentalidad que esos inmigrantes tenían hijos y que esta nueva generación no eran inmigrantes, sino franceses de arriba abajo.

Hoy Francia vive un despertar abrupto. Descubre que su geografía humana no es sólo blanca, que no sólo es de varios colores, sino que además es pobre y se la ha privado

de consideración. Claro está, las difíciles condiciones de vida, el desempleo y la desesperación no bastan para explicar esta revuelta que empezó en Clichy-sous-Bois y se ha propagado a otras ciudades.

Hace falta retroceder mucho más en el tiempo y reconstruir la historia de la aparición de esta juventud iracunda. Existe un problema más grave que el de la pobreza: el de la identidad. No es que estos jóvenes se debatan entre dos países, como Argelia o Francia, por ejemplo, sino que no se identifican con ninguno de los dos. Francia es su país, pero no los reconoce, no les hace sitio en la mesa, y esto les hace sentirse excluidos, rechazados, y les devuelve una imagen de sí mismos que rechazan. Al haber perdido la confianza en el Estado, algunos (se cree que una minoría) han organizado su marginalidad. Esto llevó a decir al alcalde de Woippy (Mosela): "Los cabecillas de la economía paralela no quieren que la República se instale en los barrios". La falta de comprensión es absoluta. Se trata de problemas sociales que tienen su origen en la historia reciente, problemas que los habitantes de las periferias expresan con gran violencia. Basta una chispa para que el conflicto se inflame y adopte nuevos derroteros. El pasado abril, la ciudad de Aubervilliers vivió momentos de violencia tras la muerte accidental de un joven cuando era perseguido por la policía. Pero en las ciudades no sólo hay enfrentamientos entre jóvenes y la policía, sino que también hay enfrentamientos entre bandas rivales. El 19 de junio, un niño de once años murió a causa de una bala perdida durante un ajuste de cuentas en La Courneuve-Cité des 4.000. Hay un clima malsano, y desde hace mucho tiempo. El problema es el mismo, ya gobierne la izquierda o la derecha.

A la mínima ocasión se sublevan, queman coches, saquean centros comerciales, incendian contenedores. No son rebeldes sin causa; reaccionan cuando se produce un suceso trágico, una injusticia flagrante como la que tuvo lugar en Clichy el 27 de octubre, cuando dos menores murieron electrocutados al huir de la policía. Ciertamente, fue un accidente, pero no habría ocurrido si los agentes de seguridad no les

hubieran perseguido. Este trágico suceso fue el detonante de una revuelta que tiene su origen en una historia que a Francia le cuesta escribir, le cuesta reconocer e integrar en su imaginario. Dado que esta cólera se ha contagiado, el primer ministro, Dominique de Villepin, se ha apresurado a hablar de "medidas de urgencia para dar empleo a los jóvenes de Seine-Saint-Denis y para la educación". Vuelven a ser las mismas palabras que tantas veces se han oído y que nunca han tenido efectos concretos. Esta revuelta no concierne sólo a los habitantes de Seine-Saint-Denis; es contagiosa y se está generalizando; viene de lejos. Es la consecuencia de una falta de atención y de interés por una juventud que malvive.

Hoy, las tensiones políticas y sociales desatadas han degenerado. Son el reflejo de que Francia no ha hecho bien su trabajo, ha olvidado atender a esa población que sólo pedía trabajar y vivir con dignidad y en paz. En pocos días, cientos de coches han sido incendiados, y, por ejemplo, 70 de los que se incendiaron en Seine-Saint-Denis no guardaban relación con el suceso del 27 de octubre.

En el centro de esta revuelta late la cólera de una juventud francesa hija de la inmigración; una juventud pobre a la que no se ha tenido en cuenta y que vive bajo vigilancia policial. Y el ministro del Interior, Nicolas Sarkozy, se empeña en demostrar a los franceses que él les garantiza su seguridad. Es el mismo que hace muestra de firmeza y en ocasiones va más allá, amenazando a los jóvenes con el puño. Y es que él fue quien empleó la expresión limpiar con Karcher (una marca de limpiadoras de agua a presión) La Courneuve-Cité des 4.000, un barrio problemático. Justo antes de la tragedia de Clichy, el 25 de octubre por la noche, estuvo en Argenteuil y llamó chusma a los jóvenes enardecidos.

Esa forma de actuar y, sobre todo, el empleo de esas palabras, demuestran que o bien no es capaz de controlar los nervios, o bien pretende transmitir un mensaje a los electores de la extrema derecha de cara a las elecciones

presidenciales del 2007. A él le gusta decir: "Yo no doy discursos, yo actúo sobre el terreno".

Estos comentarios llevaron al ministro delegado de la Igualdad de Oportunidades, Azouz Begag, a afirmar: "Es interesante observar que dos ministros no tienen la misma Francia en su punto de mira". Begag se opuso a los métodos y al lenguaje de Sarkozy sin que el primer ministro se lo haya podido reprochar. Sencillamente, porque Azouz Begag, escritor y sociólogo, conoce a la perfección a esta juventud de la periferia: nació en Lyon y conoce el sufrimiento de estos jóvenes a los que Francia no ha sabido ver ni reconocer. Cada vez que se expresan, se envía a la policía, y las bandas aprovechan para organizar altercados y reyertas con otras bandas. El terreno está minado de problemas y rige la ausencia de unos mínimos de seguridad. El Gobierno de derecha suprimió la policía de proximidad, que realizaba una buena labor preventiva.

Estos jóvenes no son extranjeros, no son inmigrantes, son franceses venidos a menos, con un destino frustrado por la pobreza, por un entorno social malsano y por una historia que se ha convertido en una desventaja. Son franceses de segunda clase por ser hijos de inmigrantes, por no ser completamente blancos de piel y por no sacar buenas notas.

Apenas un 5% de estos hijos de inmigrantes consigue entrar en la universidad. Los demás se desaniman desde que nacen; algunos salen adelante, otros se dejan llevar por la delincuencia. Saben que no se les acepta, que sus orígenes, su color de piel y su condición no les permitirán acceder a la enseñanza superior ni tener una carrera profesional normal. Como subrayó Begag, "no hay que hablar de integración, sino de promoción". Se integra a los extranjeros; a los ciudadanos franceses víctimas de la pauperización se les ayuda preocupándose de su suerte.

Precisamente, el 26 de octubre Nicolas Sarkozy organizó en su ministerio un coloquio sobre la discriminación a la francesa para luchar contra el racismo en el trabajo o

simplemente en la escuela. Invitó a jefes de empresas, ex ministros, diputados y alcaldes. Me pidió que inaugurara el coloquio. No soy partidario de la discriminación, ya sea positiva o negativa. Así, sostuve la idea de que es necesario cambiar la mentalidad francesa para que acepte esta nueva realidad: Francia es un país cuya geografía humana ha cambiado; su futuro es ser un crisol de diversos colores, de diversos sabores y especias. Demostré que no es necesario recurrir al currículo anónimo. Al contrario, es necesario que el funcionario del Estado francés sepa que aquella persona que se presenta para obtener un trabajo se llama Mohamed, que es francés y que sólo deben tenerse en cuenta sus aptitudes. De no ser así, se estaría haciendo una concesión al racismo, y difícil sería hacer evolucionar la mentalidad francesa.

Sin embargo el ministro tiene prisa; quiere lanzar fórmulas, quiere pisar el terreno para impresionar a los franceses, porque ya ha empezado su campaña electoral.

La represión no resuelve los problemas de esta juventud, sino que la provoca y la empuja a rebelarse con más fuerza. Hace falta una nueva política, una política que reconozca la realidad y se comprometa a hacer partícipe a esta población del futuro del país, porque estos jóvenes dicen y proclaman que Francia es su país. Pero Francia no siempre los escucha. En cuanto a quienes destrozan e incendian, habrá que llevarlos ante la justicia, una justicia sin prejuicios ni presiones.

TAHAR BEN JELLOUN , escritor, premio Goncourt 1987
Traducción de Roser Villagrasa
Fuente: La Vanguardia

7 noviembre 2005